

Volvieron ambas mujeres la cabeza y vieron á un oficial embozado que acababa de entrar en la choza sin ser oído, gracias á la agitación de ánimo de las que en ella se encontraban; junto á la puerta veíanse relucir las bayonetas y oíase el relincho de los caballos que aspiraban con la brisa el olor de la sangre.

—¿Quién sois? preguntó Mariana.—Un viejo soldado como vuestro esposo, un hombre que ha visto bastantes campos de batalla para tener el derecho de deciros que no se debe llorar sobre el cadáver de los que como él murieron por la patria, sino vengarlos.—Yo no lloro, caballero, contestó Mariana irguiéndose y sacudiendo su suelta cabellera. ¿Quién os trae aquí al mismo tiempo que la muerte?—Vuestro esposo debía ser nuestro guía en una expedición muy importante para el bien de nuestro desventurado país, la cual quizás puede evitar que lo rieguen raudales de sangre humana. Decid, ¿podrías proporcionarnos algún sugeto para reemplazarle?

Mariana le miró y díjole con entereza:—

—¿Debéis encontrar algún chuán por el camino?—No lo extrañaría.—Pues yo os guiaré, contestó la viuda descolgando el fusil de su esposo. ¿Adónde queréis dirigiros? Yo os llevaré á donde os plazca; me pagaréis con cartuchos.—Al castillo de Souday.—Vamos allá; yo sé el camino.

Y dirigiendo la viuda una postrera mirada al cadáver de su esposo, salió seguida del general. La mujer de José se quedó orando junto al cadáver de su cuñado.

XXIII

METAMÓRFOSIS DEL AMOR

Hemos dejado al barón Michel próximo á adoptar una resolución heroica; pero al tratar de ponerla por obra oyó pasos en el corredor. Tendióse en el lecho, escuchó atento y notó que no se detenían á la puerta de su habitación; entonces volvió á abrir los ojos, y sentado en la cama púsose á reflexionar.

Una de dos, ó tenía que resignarse á olvidar completamente á Mary, ó á romper con su madre, renunciar al elevado destino que esta llevada de su ambición le preparaba y que la monarquía de julio no dejaría de realizar, y lanzarse á una serie de peligrosas aventuras arrojándose en pos de ellas el destierro, la confiscación y tal vez la muerte. Cruel era la alternativa; mas el generoso mancebo no vaciló ni un instante: llevado de la obstinación propia de todos los caracteres apocados, creyóse en el deber de advertir al conde de Bonneville los peligros que corrían él y la persona que viajaba en su compañía; reprochóse el haber demorado tanto este aviso, y después de reflexionar durante algunos segundos, levantóse resuelto.

A pesar de las precauciones de su madre, el baroncito había leído muchas novelas y sabía cuán útil puede ser en determinados casos un par de sábanas; aunque desgraciadamente la ventana de su cuarto estaba encima de la de la repostería, y desde esta le verían suspendido entre cielo y tierra al terminar el descenso, á pesar de que comenzaba á anochecer. Además el baroncito temía una caída, y era tal la altura, que no obstante su resolución de conquistar á todo trance el corazón de su amada, sintió correr por su cuerpo un sudor helado á la idea de hallarse suspendido por tan frágil lazo sobre semejante abismo.

Frente á las ventanas había un corpulento chopo del Canadá cuyas ramas se extendían hasta cuatro ó cinco pies del balcón, y bien que Michel no fuese muy experto en los ejercicios corporales, parecióle fácil tarea la de descender por su tronco; pero para ello era necesario asir de antemano las ramas, y el mancebo no osaba intentarlo, pues no confiaba mucho en la elasticidad de sus músculos. La necesidad es madre de la industria: huroneando el baroncito por el aposento, encontró unos avíos completos de pesca con los cuales en otro tiempo había hecho cruda guerra á las carpas y los gobios del lago de Grandlieu, inocente pasatiempo que su madre á pesar de su severidad no juzgó oportuno vedarle; cogió una caña de pescar y le puso un anzuelo; luego ató un candelero á la punta de una sábana, pues como necesitaba un objeto de cierto peso, lo primero que le vino á mano fué el candelero; echólo de modo que cayese al otro lado de una gruesa rama del árbol, y en seguida, habiendo cogido con el anzuelo la punta flotante, sujetóla fuertemente con la

otra al balcón, estableciendo desde este al árbol un sólido puente colgante. Púsose el mancebo á horcajadas sobre la sábana como un marinero en la verga, y poquito á poco fué adelantando hasta llegar á las ramas, luego al tronco y después al suelo. Sin curarse entonces de si le verían ó nó, echó á correr con dirección al castillo de Souday, cuyo camino sabía ya mejor que nadie.

Llegado delante de la Roche-Serviére, oyó un fuego graneado que al parecer estallaba entre Montaigu y el lago de Grandlieu. Aquellas detonaciones produjeron en su ánimo una dolorosa conmoción; cada una de ellas parecía anunciarle el riesgo, la muerte acaso de unos seres para él tan queridos, y al pensar que tal vez por su desidia peligraba la existencia de Mary, de su hermana ó de su padre, los ojos se le arrasaron de lágrimas y apresurando el paso á pesar del tiroteo, llegó corriendo á los primeros árboles de la selva de Machecul, donde emprendió el atajo que para acortar el camino había tomado ya otras veces.

Bajo la oscura bóveda de los árboles, aquí cayendo, allí levantándose, ya tropezando en una peña, ya dando contra un árbol ó enredándose en la maleza llegó el baroncito por un sendero angosto al llamado Valle del Diablo. Atravesaba el riachuelo que corre por el fondo, cuando saliendo de repente un hombre de un matorral, agarróle con tanta fuerza que le derribó al fangoso lecho del arroyo, y poniéndole una pistola en las sienas le dijo:

—¡Si habláis sois muerto!

El mancebo se vió obligado á permanecer en esta horrible postura por espacio de un minuto que le pareció un siglo, en tanto que su contrario le tenía una rodilla sobre el pecho y permanecía inmóvil como esperando á alguien. Viendo al fin que nadie venía dió un grito semejante al de la lechuzca, al cual contestó otro parecido desde el interior del bosque, y oyóse luego el paso acelerado de un hombre que acudía al lugar de la escena.

—¿Eres tú, Guerin? preguntó el que sujetaba al barón.—Nó, respondió el otro; soy yo.—¿Quién eres tú?—Juan Oullier.—¡Juan Oullier! exclamó su interlocutor incorporándose gozoso y dejando respirar algo más á su prisionero; ¿con qué habéis logrado fugaros?—Sí, gracias á vuestro auxilio, camaradas; pero no podemos perder ni un minuto, si queremos evitar terribles desgracias.—¿Qué hay que hacer?

Ahora que puedes ayudarnos, todo irá bien.—¿Cuántos sois?—Eramos ocho al salir de Montaigu; pero con los que se nos han juntado en Vieillevique somos quince ó diez y seis.—¿Cómo están de fusiles?—Todos tienen.—¿En dónde los has emboscado?—A la entrada del bosque.—Reune la gente.—Bueno.—¿Conoces la encrucijada de Rayhons?—Como la palma de la mano.—Allí esperarás á los soldados, á pecho descubierto; nada de emboscadas. Cuando estén á veinte pasos de vosotros, manda hacer fuego, y matad á cuantos podáis; esos habrá de menos.—¿Y luego?—Luego os dividiréis en dos partidas: la una huirá por el sendero de la Cloutière, y la otra por el camino de Bourguineux; echaréis á correr agrupados para incitarles á perseguiros.—De ese modo les apartaremos de su camino, ¿eh?—Justamente.—¿Y vos?—Yo corro á Souday; es preciso que esté allí dentro de diez minutos.—¡Caramba!—¿Qué es esto?—¿Dudas de mí? Cuando digo que debo estar en Souday dentro de diez minutos, es que hago falta allí; en el interin distraerás á los soldados durante media hora: no es mucho pedir.—¡Ya! pero...—Pero ¿qué?—¿Y si los nuestros no quisiesen esperarles á pecho descubierto?—Se lo mandas en nombre de Dios.—Mira, Oullier, la verdad; si fueses tú quien se lo ordenase, no dudo que obedecerían sin chistar; pero yo no tengo tanta influencia para... Además, hay entre ellos José Picaut, y ya sabes que siempre obra á su gusto.—No digo que nó; pero ¿quién irá por mí al castillo de Souday?—Yo, si no os parece mal, contestó una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra.—¿Quién ha hablado?—Un mocito á quien acabo de hacer prisionero.—¿Cómo se llama?—No se lo he preguntado.—¿Cómo os llamáis? preguntó ásperamente Oullier.—Soy el barón de la Logerie, contestó el mancebo sentándose en el suelo, libertado ya de la mano de hierro que le oprimía.—¡Ah! ¡el hijo Michel! exclamó Oullier con acritud. ¿Aun estáis por aquí?—Sí; cuando vuestro amigo me ha detenido, dirigíame precisamente á Souday para advertir á mi amigo Bonneville y á Petit-Pierre que se había descubierto su guarida.—¿Quién os lo ha dicho?—Lo supe anoche por una conversación que mi madre tuvo con Courtin.—Y sabiéndolo, ¿por qué habéis tardado tanto en avisar á vuestro amigo? replicó Oullier con aire irónico y desconfiado.—Porque la baronesa me encerró en mi aposento que está en el segundo piso, y hasta esta tarde no he

podido escaparme, y esto por la ventana y con peligro de romperme la cabeza.

Eran tan vehementes las sospechas que á Oullier le inspiraba cuánto tenía alguna relación con la Logerie, y tanto el odio que profesaba á cuanto llevaba el nombre de Michel, que estuvo algunos minutos perplejo, recelando que las palabras que el mancebo acababa de pronunciar con la mayor naturalidad encubriesen alguna traición. Por otra parte, comprendía que Guerin tenía razón; que en caso apurado sólo él podía infundir aliento á los chuanes para esperar á pié firme á los soldados, y que él solamente era capaz de tomar medidas acertadas para entorpecer su marcha. Además, pensaba que Michel era mucho más idóneo que un aldeano para advertir al conde de Bonneville el peligro que le amenazaba, y no sin refunfuñar, resignóse á deber un favor al descendiente del barón Michel.—¡Bueno, lobezno! dijo; no hay más remedio que aceptar. ¿Tenéis buenas piernas?—De acero.—¡Ya!—Si estuviere aquí la señorita Berta, ella os lo diría.—¿La señorita Berta? dijo Oullier frunciendo las cejas.—Sí por cierto; ella fué quien me mandó á buscar al médico cuando murió el pobre Tinguy, y en cincuenta minutos anduve legua y media de camino entre ida y vuelta.

Juan Oullier meneó la cabeza como si dudara.
—Habéoslas con vuestros enemigos, añadió Michel, y fiad en mí; vos necesitabais diez minutos para ir á Souday; á mí me bastan cinco.

Y sacudiéndose el barro preparóse á marchar.
—¿Sabéis el camino? le preguntó Oullier.—Como las sendas del parque de la Logerie. Quedad con Dios, Juan Oullier.

El vendeano le siguió un momento con los ojos, diciendo luego caviloso:

—Mucho conoce ese mocito los alrededores del castillo de Souday; cuando haya lugar veremos de arreglarlo. ¡Guerin! llama á la gente.

Quitóse el chuan un zueco, aproximósele á la boca, y dió una voz parecida al aullido del lobo.

—¿Sabes si te oirán? le dijo Oullier.—De fijo. Me he colocado de modo que me oirán.—Pues no les aguardemos aquí; vamos andando hacia la encrucijada de Rayhons; todo eso habremos adelantado.—¿Cuánto lleváis de ventaja á los soldados? preguntó Guerin siguiendo á Juan Oullier en la

espesura.—Como hora larga: ahora acababan de detenerse en el cortijo de la Pichardiére.—¿En la Pichardiére? contestó Guerin pensativo.—Justamente; habrán despertado á Pascual Picaut y éste les habrá servido de guía; es muy capaz de ello.—Pascual Picaut no volverá á servir de guía á nadie ni volverá á despertar jamás, contestó con acento lúgubre Guerin.—¡Ah! ¿Es decir que el que poco há...—Era él. Se resistió, pedía socorro, teníamos los soldados á medio tiro de fusil, y ha sido preciso.—¡Pobre Pascual!—Es verdad; prescindiendo de sus opiniones políticas era un buen muchacho.—¿Y su hermano?—¿Qué?—¿Qué hacía?—Lo estaba mirando.

Juan Oullier hizo un movimiento igual al del lobo al sentir una carga de postas en los ijares, pues si bien preveía todos los desastres de la guerra civil, lo repugnante y odioso de aquel hecho le hizo estremecer horrorizado. Apretó el paso para disimular su emoción, púsose á investigar las tinieblas, y saltando las matas con tanta ligereza como cuando apoyaba los perros en la caza, tomó muchos pasos de ventaja á Guerin, quien parándose de vez en cuando repetía la señal convenida para llamar á los suyos. De repente Oullier dió un ligero silbido para que hiciese alto.

Habían llegado á un punto de la selva llamado la cuesta de Baugé, muy próximo á la encrucijada de Rayhons.

XXIV

LA CUESTA DE BAUGÉ

Acercóse Guerin á Oullier y le halló perplejo.

El despeñadero de Baugé es un pantano allende el cual sube casi perpendicularmente el camino que á Souday conduce, y uno de los riscos más empinados de la escabrosa selva. Los azules debían atravesar el pantano y subir aquella loma. Llegado Juan Oullier á las faginas que servían para pasarlo, silbó como hemos dicho.

—¿En qué piensas? le preguntó Guerin.—Pienso, respon-